

Faena Final

EL RECONOCIMIENTO

por María Fernández Ostolaza

A todos los amigos que he conservado después de ganar una medalla olímpica.

*El que se guarda un elogio
se queda con algo ajeno.*

PABLO PICASSO

Cuando el conjunto español de gimnasia rítmica se proclamó campeón olímpico en Atlanta, en 1996, en el pabellón donde competía había pocos españoles para vitorearlo y celebrar su triunfo: los miembros del equipo técnico, el presidente de la Federación Española de Gimnasia, una docena de seguidores fieles e incondicionales y media de periodistas especializados. Ninguna autoridad: la competición se celebraba en Atenas, una localidad universitaria a unos 80 kilómetros de Atlanta, simultáneamente con otros encuentros, y el balonmano y el tenis femenino acaparaban, a aquella hora, la atención de los altos cargos españoles.

Pocos minutos después de que se oyera el himno español y desde el pódium saludaran, felices y emocionadas, las gimnastas, entraron sin aliento en el pabellón de Atenas Pedro Antonio Martín Marín, entonces secretario de Estado para el Deporte, y Colomán Trabado, ex atleta y asesor del Consejo Superior de Deportes. Emilia Boneva, nuestra seleccionadora, les abroncó entre bromas por haberse perdido la fabulosa final. El conjunto había estado magnífico. Martín Marín y Colomán se tenían merecido el rapapolvo. Emilia y Colomán eran viejos y buenos amigos, habían vivido juntos otras olimpiadas, y a Pedro Antonio y a mí nos unía una estrecha y cordial relación que alcanzaba a nuestras respectivas familias.

Ellos estuvieron espléndidos, y sé que la alegría y el orgullo que sentían por aquella medalla era sincero. Sin embargo, a pesar de lo poco que nos importaban las formalidades en aquellos momentos, todos echamos de menos a algún representante del Comité Olímpico Español. ¿No había podido venir ninguno a felicitarnos? A fin de cuentas, habíamos ganado una medalla de oro olímpica...

La ausencia de los representantes del Comité Olímpico Español nos parecía, al principio, divertida; una metedura de pata. Una más. Como aquel episodio tan gracioso de la época en la que Ana Bautista era gimnasta —luego fue entrenadora del equipo nacional individual—. Como gimnasta, Ana participó en la Copa de Europa que se disputó en Hanover, Alemania. La organización, como pasa siempre, le pidió el himno nacional español. En todos los campeonatos de gimnasia los organizadores solicitan a las gimnastas participantes una copia del himno de su país, en previsión de una eventual medalla. Ana no lo había llevado y llamó al Consulado de España en Hannover para ver si le podían facilitar uno. La persona que la atendió, sorprendida ante la petición, le respondió con chulería: "No tenemos el himno, pero, si ganáis una medalla, iré yo mismo en persona a silbártelo". Ana no ganó una medalla; ganó cuatro, una de ellas de oro. Subió al pódium mientras sonaban los acordes de una copia del himno nacional que había conseguido en unos grandes almacenes del centro de la ciudad. El cónsul en persona le escribió después una carta, ofreciéndole disculpas y felicitándola por sus éxitos deportivos.

Dos días después de nuestro triunfo olímpico en Atlanta terminaron de competir las gimnastas individuales, y su actuación cerró los Juegos. Todos los componentes del equipo de gimnasia rítmica dejamos Atenas y volvimos a Atlanta para sumarnos al resto de la delegación española y asistir a la ceremonia de clausura. Habían pasado cuarenta y ocho horas desde la obtención de la medalla y el Comité Olímpico Español seguía sin dar señales de vida ante las gimnastas campeonas olímpicas. Pero no nos importaba; teníamos una medalla de oro.

Cuando llegamos al centro olímpico de Atlanta, la villa estaba desierta. El autobús nos dejó en el aparcamiento, ante la entrada principal, el único sitio donde podía desembarcarnos, y durante varios kilómetros tuvimos que acarrear nuestro equipaje y el material de la competición: todos los voluntarios se habían unido a la ceremonia de clausura, así que los coches de golf y trencitos que normalmente trasladaban a atletas y entrenadores por el interior de la villa no funcionaban aquella tarde. Era 4 de agosto, las cinco de la tarde y el calor en Atlanta resultaba insoportable. Tardamos más de una hora en arrastrar el equipaje hasta el edificio donde residía la delegación española. Llegamos derrengados, y Emilia Boneva, que padecía una enfermedad cardíaca crónica, a punto de sufrir una crisis. El recibimiento en la villa tras nuestro triunfo empezaba a resultarnos un poco decepcionante; aunque, bueno, ¿qué más daba?, teníamos la medalla.

En el momento en que nosotros entramos, ¡por fin!, en el vestíbulo del edificio, salía la última componente de la delegación española: una secretaria del Comité Olímpico Español, visiblemente contrariada por nuestra tardanza. Nos entregó unas entradas para la ceremonia y, con grandes aspavientos, se dirigió a un automóvil con conductor que le esperaba ante otra de las entradas de la villa, la más próxima al edificio donde se alojaba la delegación española. A gritos porque se alejaba -la chica tenía prisa- le preguntamos si habían dispuesto nuestro transporte. No es que no alcanzáramos a oír su respuesta, es que no nos contestó a la pregunta. Fuera quien fuera el que había organizado aquello, había fijado la hora de salida de la delegación española hacia la ceremonia sin contar con nosotros. Aún hicimos un último intento: le pedimos a la secretaria, mientras huía, que nos abriera las oficinas para llamar a un taxi. No podía; si se retrasaba más, no llegaría a tiempo y se perdería la clausura.

Empezó a sobrevolarnos una cierta sensación de impotencia; pero, ¡bah!, habíamos ganado el oro. Soy una persona positiva y enseguida encontré argumentos para adornar una situación tan disparatada: el día de mañana, un coleccionista pagaría muchísimo dinero a quien, de entre mis nietos, recibiera la entrada en el reparto de mi herencia. La entrada será

entonces un objeto de gran valor. Al fin y al cabo, eran unos Juegos Olímpicos, un acontecimiento histórico, y éramos sólo catorce personas las que gozábamos del privilegio de conservarla intacta.

Jesús Méndez, entonces presidente de la Federación Española de Gimnasia, nos resolvió bastante bien la velada, invitándonos a todos a cenar en un restaurante muy americano. Desde allí, por televisión, pudimos comprobar lo bonita que fue la ceremonia y lo que todos, la secretaria incluida, disfrutaron de la clausura de los Juegos Olímpicos de Atlanta. Para nosotros también fue emocionante verlo. A nuestro oro se unía el recuerdo de la ceremonia de apertura: aquella sensación de intensa alegría por la oportunidad de participar en unos Juegos. Es verdad que también en la apertura habíamos observado perplejos cómo desfilaban, codo con codo con los mejores del deporte de nuestro país, todos aquellos cargos, funcionarios, secretarias... que ni eran atletas ni eran entrenadores y cuya presencia radiante en aquel desfile obedecía a razones misteriosas fuera del alcance de nuestro entendimiento, sobre todo, porque a la Federación de Gimnasia, y supongo que también a las otras, se le había concedido un número inamovible de plazas que impedía que desfilaran todos los deportistas y técnicos que participaban en aquella edición de los Juegos.

Con algunos de esos burócratas, o parecidos, me las había visto yo en alguna ocasión, como aquella en la que en el Consejo Superior de Deportes me dijeron que no necesitaba detallar tanto la programación para los entrenamientos del conjunto de la Selección Española de Gimnasia Rítmica --para mí que les aturdí tanto detalle--, y, luego, al comprobar que solicitaba para las gimnastas preparador físico y profesor de clásico y de español --torpemente había suprimido las palabras "ballet" y "baile", creyendo que quedaba claro que se trataba de "profesor de ballet clásico" y "profesor de baile español"--, me dijeron que me concedían el preparador físico y el profesor de clásico, pero que las niñas, las gimnastas, eran todas de nacionalidad española, y que el profesor de español estaba de más. No, no nos entendíamos bien.

Al día siguiente de la clausura de los Juegos teníamos que tomar el avión hacia Madrid. Ya hacía tres días que éramos campeones olímpicos, pero el Comité seguía sin felicitarnos... Los periodistas, los pocos que cubren las informaciones concernientes a la gimnasia, se enteraron. Al mismo tiempo, el entonces presidente del Comité Olímpico Español, Carlos Ferrer Salat, llamó a Jesús Méndez para felicitarle. Quería saludar también a las gimnastas y proponía que comiéramos todos juntos. Por razones de horario aquello resultaba imposible, así que sugirió que le esperáramos en el vestíbulo; quería darnos la enhorabuena en persona.

Los componentes del equipo técnico y, por supuesto, las gimnastas, le esperamos durante una hora y media. Las gimnastas tenían el capricho de teñirse de oro un mechón del pelo en la peluquería de la villa -sí, las villas olímpicas cuentan con peluquería, y ellas querían desembarcar en Madrid de aquella guisa-. A medida que transcurría la espera, veían desvanecerse la posibilidad de volar con el deseo concedido y empezaban a impacientarse. Cuando Ferrer Salat y sus acompañantes por fin aparecieron y les aseguraron que, para el Comité Olímpico Español, su medalla era tan importante como cualquier otra, no les creyeron. Además, se trataba de un comentario que les resultaba sorprendente; ellas nunca habían subestimado su modalidad. Era el deporte que les gustaba y por eso competían en él. No lo comparaban con otros deportes u otras medallas. Y, puestos a comparar, para ellas la medalla no era igual de importante que cualquier otra: era la más importante, la suya.

Pero Carlos Ferrer Salat era un caballero y de él aprendí que "los agravios en público se desagravian en público". A la vuelta de vacaciones organizó en la sede del Comité Olímpico en Madrid un cariñoso homenaje al equipo de gimnasia rítmica. Aprovechó que se presentaba el libro *Memorias*, de José María Cagigal, e invitó al acontecimiento a todo aquel que tuviera algo que ver con el mundo de la gimnasia. Cuando llegamos, aquello parecía una boda: a un lado, los invitados de José María Cagigal; al otro, los del conjunto de gimnasia rítmica.

Todo el evento se había organizado con arreglo a un estricto protocolo. En las primeras filas había asientos reservados. Para el equipo se habían previsto ocho butacas. Todas con su nombre: el de las gimnastas, el de Emilia Boneva, y el mío: María Fernández.

Primero se celebró el homenaje a Cagigal; muy bonito. Luego comenzó el nuestro. No faltó casi de nada: imágenes espectaculares de los ejercicios del triunfo olímpico y de las gimnastas en el pódium; imágenes mías, recibiendo y abrazando enfervorecida a las gimnastas al término de los ejercicios; ovación cerrada de los invitados; palabras de Ferrer Salat, entrega de regalos... Y ahí empezaron para mí los problemas. Para entregar los regalos, se invitaba a la agasajada a subir al estrado. Las fueron nombrando una a una: primero a las gimnastas; tras ellas, a la seleccionadora, y después... después Ferrer Salat clausuró el acto con todas ellas, gimnastas y seleccionadora, arrojándolo en el escenario. De las ocho butacas de la primera fila, siete estaban vacías; yo me escurría hacia el suelo en la octava, intentando que pasara desapercibido que se habían olvidado de nombrarme, de invitarme a subir, de aplaudirme y de entregarme el regalo... Para mi desgracia, sólo se habían acordado de mí para sentarme en aquella primera fila. ¡Con lo que yo hubiera dado por estar sentada entre el resto de los invitados!

Me quedé sin regalo. El que los había dispuesto había contado con un solo técnico, un error frecuente que ya en otras ocasiones me había colocado en situaciones comprometidas. Una semana después de haber ganado el título mundial, un presidente del Gobierno nos recibió en la Moncloa para felicitarnos personalmente. Entre grandes sonrisas, el presidente saludó calurosamente a todas las gimnastas, todas ellas vestidas con un inconfundible uniforme naranja; saludó a Emilia, de riguroso traje azul marino, y, al llegar a mí, que vestía con el mismo uniforme que Emilia, sufrió un momento de desconcierto. Lo resolvió pellizcándome cariñosamente la mejilla al tiempo que me preguntaba: "Y, tú, bonita... ¿tú a qué deporte juegas?".

El acto oficial había concluido. Los invitados se dirigían animadamente a la terraza, donde se iba a servir el cóctel, y mis más próximos comenzaron a quejarse en voz alta del nuevo desacierto. Opté por desaparecer. No podía marcharme sin despedirme, pero podía pasar un rato en el cuarto de baño, recordándome a mí misma que, a fin de cuentas, cuatro años de mi trabajo habían servido para la obtención de una medalla olímpica. Me miré al espejo y me dije: "Eres campeona olímpica... además, llevas puesto el mejor traje de tu hermana Patricia; estás estupenda". Volví a la terraza y me uní al resto de los invitados. Ferrer Salat vino decidido hacia mí; me había estado buscando. Alguien le había hecho ver el patinazo y quería disculparse. De la manera más cordial que supe, le quité importancia al asunto. Y creí, equivocadamente, que aquello constituía el fin de ese tonto incidente.

Minutos después, cuando unos y otros paseábamos con una Coca-Cola en la mano y nos reencontrábamos con amigos del mundo de la gimnasia, Ferrer Salat reclamó la atención de la concurrencia. Los invitados no le atendían y comenzó a golpear su copa con una cucharilla: "Clin-clin-clin... Quiero su atención durante un momento, por favor. Quiero reconocer ante ustedes que hemos olvidado entregar un regalo a la entrenadora del equipo: María Fernanda, María Fernanda, acerquese. ¡Nos habíamos olvidado de Usted!".

Sí, María Fernanda era yo. Ya ni el recuerdo de la medalla podía consolarme.